

Foto c. 1950. Tomada por D. José Quetglas.

XIII UN APÓCRIFO NOMBRE: LAMATEPEQUE

- 1) El cronista fray Francisco Vásquez, en su "Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala", año de 1714, habla de "los volcanes de Quezaltenango, con los famosos de Guatemala (Fuego, Agua y Acatenango), Sonsonate (hoy Santa Ana), San Salvador y San Miguel, y otros".

Con este nombre de Volcán de Sonsonate o Volcán de Fuego fue conocido durante la colonia el voluminoso Volcán de Santa Ana y no hay documento auténtico alguno en que conste que su nombre indígena haya sido Lamatepeque, Amatepeque o Ilamatepeque.

Autor de este infundio fue el Cnel. y Lie. D. Manuel Fernández (1869), quien escribe: "... El Lamatepec, más generalmente conocido con el nombre de Volcán de Santa Ana", y en otra parte, "El Lamatepec o volcán de Santa Ana excede a los anteriores tanto en corpulencia como en elevación, y ésta es sin duda la razón por qué los aborígenes le dieron en su lengua el nombre que lleva, el cual significa cerro padre o mayor".

El Dr. Darío González (1876), espeta: "Los indios llamaban al (volcán) de Santa Ana, Lamatepec, esto es, cerro padre".

El Dr. David J. Guzmán (1883), manifiesta: "Los indios llamaban a este volcán, Lamatepec, que quiere decir, Cerro padre".

El conde Fernando Montessus de Ballore (1884 y 1888), expresa: "Gran erupción del volcán de Santa Ana o Lamatepeque (montaña padre)".

Guillermo J. Dawson (1890), señala: ". . .le hace merecedor al renombre de Lamatepec o Cerro Padre, con que lo bautizaron los indígenas".

Rafael Reyes (1898), anota: "...el de Santa Ana, Lamatepec o cerro padre)".

- 2) Como se advierte, la fuente de la doble patraña: que el nombre indígena del volcán de Santa Ana es Lamatepec y que dicho topónimo, en lengua náhuat, significa "Cerro Padre", es la obra intitulada "Bosquejo Físico, Histórico y Político de la República del Salvador" (1869).

Ahora bien: en el idioma de los indios yaquis o pipiles no existe la "l" líquida, es decir, que ninguna palabra de su rico léxico comienza con dicha consonante. De ahí, que en la época precolombina no existía en la toponimia náhuat ni un tan solo nombre geográfico ni vocablo alguno cuya letra inicial fuese "l".

Esto nos lleva a la conclusión de que todo lo relativo a "Lamatepec" es otro de los burdos infundios del Lic. y Cnel. D. Manuel Fernández.

- 3) El Dr. Santiago I. Barberena, con buen juicio, trató de enmendar la plana al señor Fernández, pero en vez de aclarar que se trataba de un nombre absolutamente apócrifo complicó la cuestión con dos suposiciones de su propia cosecha.

En su "Descripción Geográfica y Estadística de la República de El Salvador" (1892), expresaba: "...el (volcán) de Santa Ana o Amatepec", o sea, que de un tajo mutiló la "L" inicial del supuesto topónimo Lamatepec.

Más tarde, en un artículo publicado en "La Quincena", en 1905, cambió de parecer y espetó: "En mi concepto, la verdadera forma del nombre indígena del Volcán de Santa Ana, es Ilamatepeque, compuesto

de ilama, "vieja", y tepetl, "cerro"; significa, pues, "cerro de la vieja". Aquí, el Dr. Barberena antepuso graciosamente una "I" al falso nombre Lamatepec.

Pero, el quid de la cuestión consiste en que no hay un tan solo documento en el cual conste que en la antigüedad pagana, el cono plutónico del Santa Ana haya sido nombrado Amatepec, Lamatepec o Ilamatepec.

Ahora bien: Amatepec (de amat, amate; y tepec, cerro) quiere decir "Cerro de los amates" e Ilamatepec (de ilama, vieja; y tepec, cerro) significa "cerro de la vieja"; pero Lamatepec no puede provenir de lama, padre, y tepec, cerro, para llegar a la tontería de que tal nombre geográfico tiene por etimología: "cerro padre".

En náhat, "mi padre" se dice nu-táta y "mi señor", nu-técu; y esto pone en mayor evidencia la magnitud de la patraña perpetrada por el Cnel. y Lie. D. Manuel Fernández.

- 4) El ilustre Cnel. D. Teodoro Moreno, en su interesante "Apéndice a las Notas de la Estadística de la Ciudad de Santa Ana", de 28 de enero de 1859 e incluido en la "Estadística General de la República del Salvador" (1858-1861), págs. 84-85, espeta:

"En la falda de este mismo volcán habita la mitad de la población de Santa Ana, con el nombre de Volcanefios, cultivando esos terrenos de feracidad fabulosa, bajo climas deliciosos, en donde sus tres cosechas anuales se suceden sin interrupción, presentando el cuadro de una perpetua primavera. Sin duda ninguna fuera ahí el asiento de una Ciudad poderosa, si hubiera agua; pero a la Providencia no le plugo reunir en un punto sus tesoros, y el laborioso volcanefio tiene que procurar aquel elemento, andando hasta tres o cuatro leguas".

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 3 de agosto de 1977).

XIV OLAS TAN ALTAS COMO LOS COCOTEROS

- 1) El sábado 15 de septiembre de 1902, como a eso de las siete de la noche, un maremoto sembró la ruina y la muerte en el litoral centroamericano comprendido entre los puertos de San José (Guatemala) y La Libertad (El Salvador), pero de manera más notoria en la región de la pintoresca Barra de Santiago.

De un testigo presencial de ese curioso e insólito fenómeno sísmico, obtuve en el caserío de Barra de Santiago, en 1937, la información de que en la fecha y hora señaladas, tres olas de proporciones, la más grande de las cuales tenía "la altura de los cocoteros" (unos 20 ms.), invadieron la costa del departamento de Ahuachapán. Las aguas tardaron tres horas en retirarse de las amplias zonas inundadas.

A estas olas extraordinarias, originadas por erupciones o terremotos en el fondo de los océanos, y llamadas tsunamis en el Japón, los lugareños de la aldea de Barra de Santiago las designan con el nombre de atolines, que en idioma náhuat significa literalmente "movimiento de aguas", ya que ese vocablo compuesto proviene de at, agua; y olin, ulin, movimiento.

Barra de Santiago es un cantón y caserío del municipio de Jujutla, a 18.5 kms. al Suroeste de esta localidad y a 2 m. sobre el nivel del mar; y aparte de ser un centro turístico de indescriptible belleza, tiene la peculiaridad de que por su casco pasa el meridiano 90° LWG, que marca la hora oficial de El Salvador: 6 horas de retraso con respecto a la hora del Meridiano Op.

- 2) Según los informes telegráficos de aquella época, en el puerto guatemalteco de San José, la marejada se sintió fuerte y en el salvadoreño de La Libertad se levantó "una ola inmensa".

Todo el litoral de la Costa del Bálsamo, entre los puertos de Acajutla y La Libertad, fue abatido por este fenómeno: en algunas zonas las aguas marinas se internaron hasta cien metros del litoral.

En Acajutla, "después de un regular temblor de tierra se vino sobre la costa una marejada tan fuerte, que llegó hasta dañar los edificios construidos frente a la playa" y las aguas se introdujeron al vecino estero formado por la ría de Cenzunat o Río Grande de Sonsonate.

A la hora de este fenómeno, en San Salvador se sintieron "ligeros temblores"; pero todos los partes coinciden en que fueron "más fuertes en la costa".

En el caserío Garita Palmera, a 14.5 kms. al Suroeste de San Francisco Menéndez y a 4 m. de altura, perecieron ahogadas dos niñas; pero en la barra o desembocadura del río Paz, según un informe telegráfico, "allí la hecatombe ha revestido más grandes proporciones", a tal punto que en la tarde del día 18 "se habían recogido 12 cadáveres. Golpeados gravemente, al grado de no poderse mover, se encuentran 13 personas. Faltan del caserío más de 28 individuos. La inundación se verificó en tres golpes sucesivos de agua".

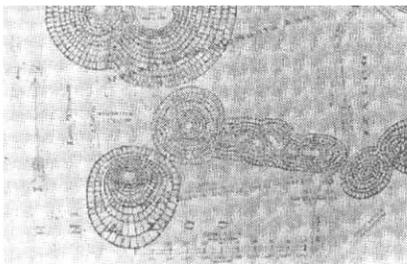
3) Sin embargo, el lugar más afectado fue el caserío de Barra de Santiago, que "quedó reducido a escombros. El mar salió de sus límites, invadiendo una gran extensión de terreno y se retiró tres horas después". Hasta la tarde del día 18 se habían recogido 53 cadáveres, "faltando muchos que no han sido arrojados por el agua". El número de golpeados era considerable.

El día 19, "hasta las 11 a.m. (las brigadas del gobierno) habían curado 50 heridos en el lugar llamado Guayapa (15 kms. al SO. de Jujutla y 18 m. de elevación). Los médicos pasaron en seguida al Embarcadero, para curar allí otros heridos y contusos. El número de cadáveres que han sido sepultados, alcanza ya a 77, entre hombres, mujeres y niños".

El señor B. Cevallos, en parte fechado en Ahuachapán el día 20, espeta: "En la Barra de Santiago y cachete de la Barra, se han encontrado y enterrado sesenta y tres cadáveres; en el primero de estos lugares faltan catorce personas y en el segundo siete, cuyos cuerpos no han sido encontrados".

Don Francisco Calvo sintetiza así la tragedia: "Refieren las personas que han venido de la Barra, que los infelices sobrevivientes han quedado en la mayor miseria y diseminados por grupos, unos en la isla, otros en Cuilapa, otros en varios puntos cercanos a este último, otros en el Embarcadero y en la Hacienda Santa Catarina, donde está el mayor número, como 50. Urge enviarles vestidos, ropas de cama y víveres, porque no tienen con qué vestirse ni alimentarse. También necesitan medicinas los que han quedado enfermos. Dicen también que los perros de los que hace poco habitaban la Barra de Santiago, viven hoy aullando en el cementerio en que fueron sepultados sus amos; y da lástima verlos atravesar el estero cuando ven llegar gente, para ir a reconocerlos, creyéndolos sus amos, y cuando se persuaden que no lo son, se van aullando de regreso; algunos están ya enronquecidos. ¡Hasta los animales sienten la muerte de sus amos!"

En el cantón Cara Sucia se atendieron 59 personas golpeadas y a una más tuvo que amputársele una de las piernas. Los médicos que llegaron con procedencia de Sonsonate atendieron más de 200 heridos en la hacienda de Santa Catarina y enviaron 11 gravemente lesionados al hospital de aquella ciudad. Tal el tsunamis o maremoto del 10 de febrero de 1902.



(Tomado de "El Diario de Hoy", de 8 de agosto de 1977).

CROQUIS DEL VOLCÁN DE IZALCO Y ALREDEDORES

Plano levantado y publicado por el Ing. Inf. Juan Francisco Santillana para probar, de manera irrefutable, que el teshcal o malpais observado por el agrimensor D. Juan Antonio del Bosque y Arteaga, en 1153, correspondía al incipiente cono del volcán de Izalco. Los estudios del Br. Santillana, a este respecto, son conduyentes.

XV
NOMBRE ANTIGUO DEL VOLCAN DE SAN SALVADOR

- 1) Los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII: Tomás López (1549), Diego García de Palacio (1576), Antonio Vásquez de Espinosa (e. 1625), Francisco Vásquez (1683), Francisco de Zuaza (1689) y Crisóstomo Guerra (1689), cuando se refieren en sus escritos al volcán, a cuyo pie se yergue la ciudad de San Salvador, no consignan noticia alguna relacionada con los nombres indígena y español dados a esta eminencia orográfica.

Pero, en 1714, el citado fray Francisco Vásquez publicó su "Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala" y en ese texto, por primera vez, se asienta: "...los volcanes de Quezaltenango, con los famosos de Guatemala, Sonsonate (hoy Santa Ana), San Salvador y San Miguel, y otros".

Don Manuel as Calvez Corral (1740), anota que la ciudad de San Salvador "se halla al pie de un volcán conocido por de S(an) Salvador", y en otro pasaje menciona "la reventazón del volcán q(ue) llaman de San Salvador".

Monseñor Dr. Pedro Cortés y Larra? (1770), espeta: "La ciudad de San Salador está situada en llanura a la falda de un volcán muy empinado llamado por su nombre, el volcán de San Salvador".

En otros "autos de visita" el prelado guatemalteco, manifiesta: que los pueblos de Mejicanos, San Sebastián (Texincal), Aculhuaca y Ayutuxtepeque están ubicados en "la falda del volcán de San Salvador"; que en el camino del río Lempa a la hacienda San Diego se lleva "a la frente el volcán de San Salvador"; que Tonacatepeque "a la banda del Oriente tiene al volcán de San Vicente, como a siete leguas, y a la del Poniente el (volcán) de San Salvador, como a cuatro"; que San Jacinto (hoy barrio capitalino) queda "al pie del volcán de San Salvador" y que al Sur de Opioo se extiende una llanura "que linda con la falda del volcán de San Sikador".

Don Antonio Gutiérrez y Ulloa (1807), señala que San Salvador está edificado frente "al volcán de su nombre (San Salvador), de figura irregular". El Br. y Pbro. Domingo Juarros (1808), alude a "los (volcanes) de San Salvador y San Miguel, en la Intendencia de San Salvador".

Podríamos agregar, en .seguida, los testimonios de John Bayli, John L. Stenhens, Jorge E. Squier, Moritz Wagner, Carlos von Seebach, Maxmilian von Sonnenstern, informes municipales contenidos en la "Estadística General de la República del Salvador" (1858-1861), Augusto Dolffua, Eugenio de Mont-Serrat y otros autores, para probar hasta la saciedad que el "volcán de San Salvador" siempre ha .sido conocido con este nombre y que no existe documento alguno en que se le mencione con otro apelativo.

- 2) Sin embargo, el Cnel. y Lic. don Manuel Fernández, en su "Bosquejo Físico, Político e Histórico de la República del Salvador" (1869), asienta: "Volcán de San Salvador. Su denominación primitiva, en lengua indígena, era Quezaltepec o cerro de los quetzales, la que fue impuesta sin duda (suposición del señor Fernández) en razón de los muchos pájaros de esta especie que habitaron en otro tiempo en el espeso bosque que lo cubría, y del que aún quedan restos considerables de sus sitios más agrestes y escarpados. En la actualidad sólo lleva esta denominación el pueblo que está al pie de la parte cónica, del lado del Norte".

Producido "el invento", les autores posteriores repitieron servilmente semejante patraña y la erigieron a la categoría de verdad inconcusa.

Así, el Dr. Darío González espetó en sus "Lecciones de Geografía de Centro América" (1876, p. 127): "El volcán de San Salvador, llamado por los indígenas Quetzaltepec o cerro de los quetzales".

El conde Fernando Montessus de Ballore, en "Temblores y Erupciones Volcánicas en Centro-América" (1884, p. 24), apunta: "Ultima erupción del Quezaltepeque (cerro de los quetzales o Lapa verde de Nicaragua, pájaro del paraíso de Centro-América) o volcán de San Salvador".

Don Guillermo J. Dawson, en "Geografía Elemental de la República del Salvador" (1890, p. 29), expresa: "El extinguido Quszaltepeque, conocido también con el nombre de volcán de San Salvador".

Pero, para qué fatigar al lector con más citas, si las precedentes son más que suficientes para comprobar, que oí origen del embuste referente a que el volcán de San Salvador era llamado por los indios Quetzaltepeque, se encuentra en "la ocurrencia" del Cnel. y Lic. Manuel Fernández.

Tal vez en otra oportunidad, si hay interés en estos artículos de vulgarización, me referiré a la etimología del topónimo Quetzaltepeque.

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 10 de marzo de 1977).

XVI LA LAVA PREHISTÓRICA DEL VOLCAN DE SAN SALVADOR

- 1) Sin duda alguna, en los tiempos precolombinos el volcán de San Salvador hizo varias erupciones de lavas y otros materiales piroclásticos, sin que exista ahora la posibilidad de averiguar en qué época ocurrieron estos fenómenos geológicos.

Cuando, a mediados de junio de 1524, el ejército conquistador europeo al mando del capitán Pedro de Alvarado cubrió el trayecto entre el antiguo Ateos y Cuzcatlán, por obvias razones de carácter militar argüimos más probablemente por la ruta del valle interior de Nejapa y Opico que por la del Callejón del Güarumal, dicho cono plutónico permanecía inactivo o apagado. En efecto: el célebre conquistador extremeño sólo encontró dos volcanes en erupción: el de Atitlán y el de Santa Ana.

Esta situación prevaleció en el transcurso de la primera mitad del siglo XVI, pues, en un Ms. de 1549, se indica que en la provincia de San Salvador "ningún volcán echa humo ni fuego"; y por otra parte, el oidor Lic. Tomás López (1549), precisa que la ciudad de San Salvador ocupa "un valle donde está un volcán que no arde".

- 2) Un cuarto de siglo más tarde visitó este país el oidor Lie. Diego García de Palacio (1575), quien consigna los siguientes interesantes datos sobre el volcán en referencia:

"De allí (el pueblo de Guaymoco, hoy Armenia) -dice- se va a la ciudad de San Salvador por una angostura y callejón extraño (Callejón del Güarumal); pásase yendo por él un río (el de Cuyagualo o Colón), 67 veces".

"Está (San Salvador) a la falda de un volcán grande y de mucha circunferencia por sus faldas; no echa fuego, porque la materia que lo causaba (suposición del Lic. García de Palacio) se debió acabar en el tiempo que ardió, consumió e hizo tan grande boca (el Boouerón o cráter central) que baja más de media legua, y está hondísima (337 ro) ; y antes de llegar a lo bajo hace dos estancias o plazas (cráteres concéntrico?) a la forma que -son los que se hacen -en los hornos de cal; de lo más hondo y último (del cráter) sale un humo ordinario y (de) tan Branda hedor (debido al sulfuro de hidrógeno) que ha acontecido llegándose un español cerca, desmayarse y amortecerse. De lo último y bajo (fondo o sima cratérica) hasta lo más alto (borde d? la circunvalación) está lleno de grandes cedros, pinos y otros muchos íreneros de árboles y animales y de quemazón del fuego (roca quemada), que solía haber en él".

"Tres leguas de su extremidad (hacia el Norte) está un lugar que se llama Nixapa (o sea, el antiguo Nejapa, situado a una legua al Este del Río Sucio y a una legua al Oeste de Quezaltepeque), donde hay un

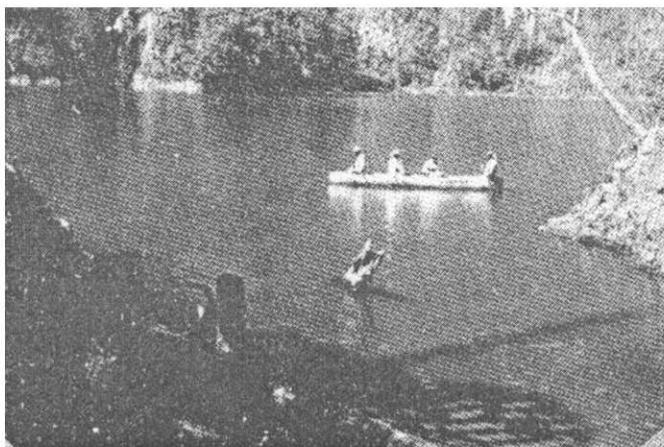
pedazo de monte áspero que llaman malpais (en náhuatl: teshcal), de piedra y de mucha tierra quemada y arrojada, muy tendida y de grandes pedazos; y así pone admiración (de) donde pudo venir, pues en todo lo que hay (de la reventazón) hasta dicho volcán (de San Salvador) no (a) parece señal del lugar do(nde) haya habido fuego sino en dicho volcán ', por lo que conjeturó infantilmente el Lic. García de Palacio, que "la piedra y tierra quemada que allí hay... dicho volcán la arrojó (al llano, a tres leguas de distancia, por su cráter central) al tiempo que tenía fuego..."

"Asimismo, en la falda (Sur) de dicho volcán hay una hoya redonda (la Puerta de la Laguna), de mucha anchura, que muestra haber sido volcán (un maars o cráter de explosión) y ardido mucho tiempo, porque en todo su circuito la tierra y peña está muy quemada y molida del fuego. Nace ahora en ella una fuente de bonísima agua, de que se provee el lugar (o pueblo) de Cuzcatlán, que está asentado a la orilla de ella".

"Junto al dicho Inorar (de Cuzcatlán) está asentada la ciudad de San Salvador..."

- 3) Hacia 1575, pues, el volcán de San Salvador seguía mostrándose a los ojos de los europeos, como un cono apagado: no echaba fuego y sólo en el fondo del Boquerón, había una insignificante fumarola que exhalaba humo con fuerte olor a azufre.

En la llanura hacia el Norte, cerca del Antiguo Nejapa, había un teshcal, malpais o manto de lavas prehistóricas, un "monte áspero" formado por varias secciones de rocas y tierras quemadas provenientes de pasadas reventazones. Estos depósitos de magma no fueron arrojados, como balas de cañón, por el gran cráter o boquerón del volcán de San Salvador, según simpática creencia del Lic. García de Palacio, sino por los cráteres adventicios nombrados "Los Chintos", y una de esas coladas, que recorrí en 1945, llega al propio lugar donde hoy están las fuentes del balneario "La Toma", al Norte de Quezaltepeque.



(Tomado de "El Diario de Hoy", de 11 de marzo de 1977).

LAGUNETA CRATERIFORME DEL BOQUERÓN
Existió como un pintoresco peñascoso lago, en el fondo peñascoso del Boquerón o cráter central del volcán de San Salvador y se consumió a raíz de los fenómenos eruptivos de junio de 1917. D. Jorge Lardé fue el primero en observar el fenómeno geológico en referencia. La superficie líquida de la laguneta quedaba a 377 m. debajo del borde o circunvalación del gran cráter.
Foto c. 1915. Tomada por D. Aníbal Salazar.

XVII SAN SALVADOR, POR VEZ PRIMERA, REDUCIDA A ESCOMBROS Y PAVEZAS

- 1) El burgo de San Salvador aún gozaba el rango de villa cuando se estableció en el Valle de Zalcoatitán o de Las Hamacas, a principios de 1545; y en el nuevo emplazamiento su iglesia mayor o parroquial se dedicó al Divino Salvador del Mundo, durante cuyas celebraciones el 6 de agosto de cada año se sacaba, refiere fray Francisco Vásquez, "el perdón real, la víspera y el día de la Transfiguración, desde la iglesia parroquial (hoy del Rosario), por las calles principales, con muy lucido acompañamiento de caballería; que, de verdad, no le hace ventaja en el aparato. pompas, galas y nobleza de concurso, otras ciudades más numerosas".

El 27 de septiembre de 1546, en el alcázar de Guadalajara y por gestiones de los procuradores Alonso de Oliveros y Hernán Méndez de Sotomayor, el serenísimo cesar católico Carlos V de Alemania y I de España le otorgó el título de ciudad.

En 1549, el oidor Lic. Tomás López manifestaba que la tierra de Cuzcatlán "es fértil y la gente buena y activa, que es maravilla como en poco tiempo han hecho su villa como ciudad grande y edificado buenas casas de ladrillo, piedras y maderas".

En julio de 1551 fray Tomás de la Torre, acompañado de los monjes Vicente Ferrer y Matías de Paz, fundó el monasterio de Santo Domingo; y poco tiempo después se comenzó a edificar el hospital de indios, con el nombre de "Santa Bárbara".

Por 1574, según Juan López de Velasco, San Salvador tenía 150 vecinos españoles (unas 650 personas), de los cuales 60 ó 70 eran encomenderos. "Los edificios de esta ciudad -dice- son buenos, por la abundancia que hay de madera, piedra, cal, teja y ladrillo". En las vegas del Acelhuate, agrega, "hay molindas buenos".

No cabía la menor duda respecto a que el traslado de la urbe del valle de La Berinuda, cerca de Suchitoto, al valle de Las Hamacas, cerca de Cuzcatlán, había sido un acto de buen gobierno: San Salvador prosperaba al pie del "gigante indiano".

2) El martes 23 de mayo de 1575, un violento terremoto causó la primera ruina sísmica de San Salvador.

El oidor Lic. Diego García de Palacio, que visitó la ciudad pocos meses después del siniestro, la encontró abatida y reducida a escombros y pavezas.

"Junto a dicho lugar (Antiguo Cuzcatlán) -dice- está la ciudad de San Salvador; es de buen temple y fértil tierra, y en la altura de 13° 36'. Cuando llegué a ella casi estaba despoblada, porque un temblor grande que hizo el segundo día de la Pascua del Espíritu Santo (o de Pentecostés) pasado les derrocó y molió todas sus casas, que aunque muchas eran fuertes y buenas se cayeron y abrieron. El más espantoso que jamás, dícese, ha visto".

"Yo vi (en San Salvador) un lienzo bien grueso de la pared de una iglesia, que habiéndole levantado el temblor (hacia) arriba, se tornó a sentar desviado de su cimiento un jeme por algunas partes, y otras muchas cosas a ese tono (temblor giratorio); y en el camino y sierras de los Teczacuanguos, hendidas por muchas partes. Ninguna casa de los indios de aquellas sierras, quedó en pie: todas cayeron. Contóme un español, que caminaba por allí, a la sazón que tembló, que las sierras parecía se juntaban unas con otras, y que él fue forzado a apearse y tenderse en el suelo, porque no se pudo tener en pie".

"La casa donde yo estaba (una de las menos dañadas), arfaba como un navio; parecía que los domas (o techos) llegaban con los tejados al suelo; y quiso N(uestro. S(eñor). que no peligraron sino tres personas, que fue espanto y misericordia suya, según las casas cayeron; y la gente andaba turbada y espantada en los arrabales de la ciudad".

Fray Antonio de Remesal, dice: "Todo el año de 1575 fue de gran trabajo para la provincia de Guatemala y Chiapa por los muchos y terribles temblores que hubo, que entendieron las gentes que se asolaba la tierra. Fue mucho el daño que hicieron en las iglesias y edificios, pero en donde fue más notable fue en la provincia y ciudad de San Salvador, que todo se vino al suelo y fue tan notable el estrago, que la Audiencia de la ciudad de Santiago (de Guatemala) las envió a consolodar con un religioso grave, ofreciéndoles ayuda en todo lo que tuviesen necesidad de su favor". Tal conducta fue aprobada por S. M. Felipe II de España e Indias, en Real Cédula datada en Madrid el 18 de septiembre de 1576.

De los escombros y pavezas de la primera catástrofe sísmica, San Salvador iba a surgir más pujante y vigorosa.

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 16 de marzo de 1977).